

EL INDIVIDUO ANTE EL ARTE Y LA CIENCIA

por
MODESTO COLLADOS

El problema de la relación entre arte y ciencia adquiere para el hombre contemporáneo una importancia especial. Artistas y científicos se han alejado entre sí hasta llegar al odio, y en el ángulo de las rutas divergentes se ha detenido el hombre, solo. Allí, en la crisis del conocimiento, que es la guerra, está tramando su venganza. Arte y ciencia tienen un porvenir oscuro.

Tres aspectos puede presentar este problema: el individual, el social y el histórico. No sin audacia trataré el primero.

Se asemejan al arte y la ciencia otras actividades humanas en determinados aspectos. Ellas son: el trabajo, el juego, la religiosidad y la política. Trataré de establecer, por eliminación, lo que es peculiar del arte y de la ciencia en su relación con el individuo.

Arte y ciencia comparten con el juego dos caracteres: son actividades frente a lo desconocido; se ejercitan como fin en sí mismos. El hombre práctico ve en la ciencia y en el arte, considerados como actividad individual, sólo un juego; y esto, porque el hombre práctico realiza sus actos con un fin ulterior.

El realiza el trabajo, que tiene la recompensa de un fin concreto e inmediato. Preocupado de su destino, ejercita también su acción sobre los factores conocidos que pueden influirlo, y hace política; a veces, pensando en su destino más allá de la muerte, se preocupa de los factores desconocidos de los cuales depende: entonces practica la religiosidad.

Sólo en el arte, la ciencia y el juego, el individuo se satisface totalmente en la actividad misma. Pero el juego se separa del grupo por un hecho especial: no crea, como el arte y la ciencia, obras permanentes; muere cuando la acción del jugador ha terminado.

De aquí resulta que el arte y la ciencia se distinguen de las demás actividades del hombre, en que reúnen tres condiciones: son actitudes ante lo desconocido; constituyen un fin en sí mismos; producen obras permanentes.

Se ha querido ver en la utilidad otro carácter común al arte y a la ciencia, pero esta apreciación es discutible. Aunque en ocasiones un fin utilitario pudo llevar a la expresión artística o al conocimiento, es inobjetable que el artista o el científico crean, a veces, por el placer de crear. No es, por consiguiente, la utilidad, carácter necesario del arte o de la ciencia.

Estas actividades, reunidas entre sí por tan claras semejanzas, divergen, sin embargo, por motivos sutiles. Este salto insensible y trascendente entre dos mundos del conocimiento, preocupa al hombre contemporáneo, porque comprende que en su propio ser no ha sido capaz de salvarlo. Científico o artista, echa pie atrás ante el mundo enemigo.

La ciencia opera con lo general: busca leyes que reúnan los fenómenos de la misma especie, y es más completa mientras más generales son estas leyes. El arte se refiere a lo individual: considera un solo objeto o ser, y un solo momento. Debe ser, a la vez, universal; esto es, descubrir y poner de relieve en un objeto aislado aquello que define a una especie de objetos. En la ciencia, las condiciones comunes que definen la especie son el dato de que se parte, el pie forzado de los fenómenos a estudiar; en el arte hay que descubrir en el objeto o ser individual, aquello de común que la ciencia imponía. Si reunimos por una línea continua (en el espacio y en el tiempo) todos aquellos fenómenos sometidos a las mismas condiciones (físicas, por ejemplo), obtendremos curvas que podríamos llamar equi-condicionales. La ciencia estudia los fenómenos que pertenecen a una misma curva. El arte observa un ser o un objeto de la naturaleza, uno solo, cuya curva equi-condicional desconoce; pero profundiza de tal manera en su esencia que logra descubrir aquella condición invariante que define la curva. De más está decir que las curvas equi-condicionales de la ciencia son otras que las que propone el arte: aquélla podría indicar condiciones de temperatura o presión, por ejemplo; éste logrará adivinar un nexo mucho más sutil y com-

plejo (sensorial, sentimental, etc.) que une a diversos objetos. En el cuadro de Renoir "Niño que escribe" no sólo está representado un determinado muchacho; allí están, en algo indescriptible, todos los niños que escriben en el mundo.

Es interesante observar que la verdad científica permite ir directamente de la ley al ejemplo que la comprueba; y que la obra de arte, siendo individual, permite ir a la universal, que es también su comprobación.

Por otra parte, mientras la ciencia se ocupa de lo abstracto, el arte se refiere a lo concreto. El científico se da, por necesidad y por método, la facultad de abstraer de los fenómenos determinadas apariencias y operar sobre ellas. Imagina condiciones ideales, sobre las cuales construye su obra. No le importa mucho, con frecuencia, que su verdad no sea la verdad del mundo físico. El artista, en cambio, siempre se refiere a lo concreto, sometido también a condiciones concretas. En el lenguaje matemático, el científico, al estudiar un fenómeno, puede efectuar derivadas parciales, dejando sin actuar las condiciones que desea; el artista sólo puede encontrar, para cada fenómeno, una derivada total.

Se ha querido ver en el carácter de conocimiento intuitivo que el arte tiene, una diferencia esencial con la actividad científica. Pero los grandes descubrimientos científicos no sólo han sido intuitivos, sino que esta intuición ha sido muy afín a la intuición artística. Las transformaciones que ha hecho la pedagogía de la ciencia, con fines expositivos, nos ha conducido a una idea falsa del verdadero carácter de la búsqueda científica. La deducción ha tenido una importancia muy relativa en el avance de la ciencia, incluyendo el campo de las matemáticas, y, en cuanto al método, muchas veces ha sido la rebelión contra él la que ha dado una pista. Arte y ciencia no divergen esencialmente por este concepto, el cual, en realidad, los acerca.

También se ha dicho que mientras el arte es, en esencia, sentimental, la ciencia es conceptual. Esta afirmación, muy discutible, nos lleva al estudio de la psicología del individuo que ejercita ciencia o arte. En ambas actividades es necesario distinguir entre quienes crean y quienes reciben. Sólo en aquel que recibe la ciencia — ejercitándola en su propio carácter, esto es, como un fin de sí misma — podrá verse una actividad esencialmente intelectual. El que crea ciencia, desarrolla una vida espiritual tan completa que sería absurdo referirla a las "potencias" del alma. El pensamiento, el sentimiento y la voluntad están allí presentes en cada momento: no podría suceder de otro modo en una actividad que puede llenar la vida de un hombre. Pero es la psicología en el arte la que podría darnos la diferencia buscada; es ella, por otra parte, la base real de la estética contemporánea.

El análisis psicológico de quien recibe la obra de arte forma parte del problema que se ha dado en llamar la psicología del placer estético. Este problema, estudiado hoy incluso experimentalmente, ha tenido en la antigüedad y en el pasado siglo explicaciones muy deficientes. Kant sólo define el placer estético por caracteres negativos; Schopenhauer lo interpreta como una liberación de la voluntad; los románticos, como la sumersión del ser en el alma del universo; otros, como un proceso de imitación interior, como una necesidad de ilusión del ser humano, como una alternativa entre realidad y ficción. Hoy se reconoce para el placer estético un carácter determinante: el hecho de la proyección sentimental (einführung). El hombre, al observar los

seres u objetos no sólo los refiere de inmediato a sí mismo, a su posición, a su peso, a su experiencia, sino que además "proyecta" en ellos su vida total; imagina en el ser observado su propia vida y le presta sus propios sentimientos y sensaciones. Hasta el más simple elemento geométrico tiene para él esta vida: una línea inclinada se le aparece como cayendo y transporta a ella todo su propio ser en la actitud de caer. He aquí un hecho concreto e innegable que caracteriza al placer estético y que explica, desde luego, la ilusión panteísta con que los románticos quisieron definirla. El placer producido por la obra de arte participa también de esta proyección sentimental; ella ha sido, en este caso, puesta de relieve con fina precisión por la mano del artista.

En cuanto a la psicología de la creación artística, ella contiene un elemento esencial: la inspiración. Ella es, para Wundt, la idea de la totalidad y de la unidad que se anticipa a la obra de arte. Este hecho repentino pone fin a una inquietud e inicia la etapa de la concepción. "El primer verso lo escribe Dios", ha dicho Paul Valéry, expresando de una manera elocuente este hecho que es el producto largamente elaborado por la inquietud y la búsqueda.

Para terminar este paralelo entre la creación artística y la científica, es interesante relacionar las dotes que definen al artista y al científico. Uno debe tener una fina **receptividad** (excelentes sentidos y gran sensibilidad); el otro, **cualidades de observación** que le permitan fijar su atención en todos los detalles de los fenómenos que estudia. Mientras el artista debe poseer la facultad de la **transformación** de lo que llega a sus sentidos; esto es, la fantasía relacionadora que lo lleva a universalizar lo que recibe del mundo externo, el científico ha de tener el don de **generalización**, que le permite reunir y clasificar. En tanto que el artista debe ser dueño de la **facilidad de presentación**, para traducir en una obra material su vivir interior, el científico ha de poseer la **capacidad de exposición** del resultado de sus investigaciones. Artistas y científicos viven la combinación armoniosa de estas cualidades.

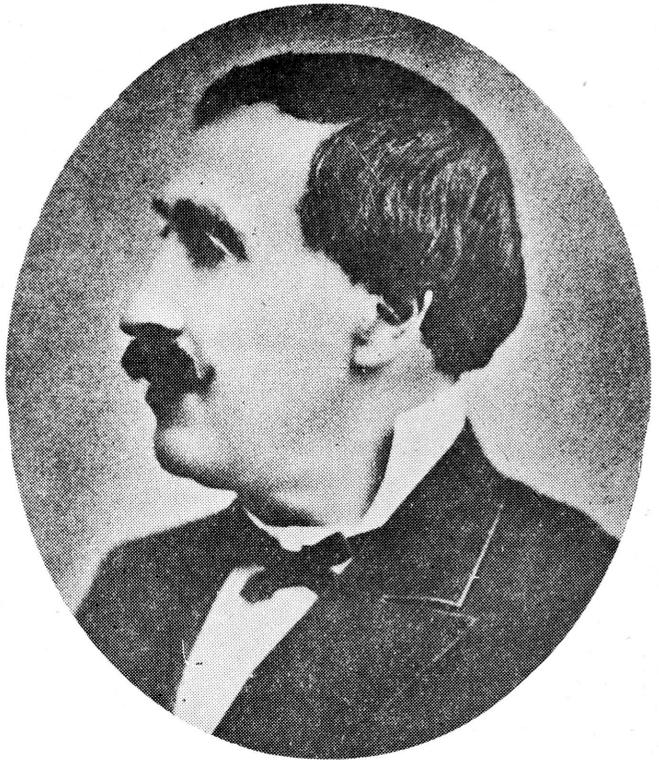
Ciencia y arte difieren también en otro aspecto. En tanto que la ciencia es acumulativa y, aunando los esfuerzos de hombres y época diversos, va formando un todo indefinido y creciente que contiene los resultados obtenidos, el arte es discontinuo y aparece aisladamente en cada obra particular. En tanto que la ciencia, por el hecho de ir formando un solo conjunto orgánico, tiene necesariamente una dirección y un sentido, el arte dice en cada obra maestra una palabra definitiva. La verdad científica puede ser corregida por un conocimiento posterior; la obra de arte es en sí misma una y eterna, indestructible por las obras del futuro. "La belleza es el fulgor de lo verdadero", ha dicho Pascal. Y podría agregarse que mientras la ciencia construye laboriosamente el templo de lo verdadero, los artistas van aprisionando en sus obras los rayos de su fulgor.

M. C.



Don LUIS GALDAMES
(1880-1941)

Ex-Decano de la Facultad
de Filosofía y Educación
de la Universidad
de Chile.



Don JOSE VICTORINO
LASTARRIA

Gran defensor de la cultura
nacional.



Don MANUEL BULNES

Bajo su Presidencia se legalizó la apertura
de nuestra Universidad.